

# Otro capítulo oscuro de la biografía del cura Merino

---

(Continuación)

## Batalla de Retuerta

El primer encuentro y el principal y acaso decisivo en la guerra, fue el día 5 de Oct. del mismo año de 1837, entre la parte de acá del lugar de Retuerta y la cuesta que se halla al ir desde Silos a dicho lugar. Allí se puede decir que estaban los dos centros enemigos; uno, del lado de acá, y otro, del de allá. Las alas se extendían por un lado, hasta enfrente del lugar de Castro Ceniza, y por la otra parte, bastante a la izquierda del ejército de don Carlos. Las tropas de la Reina eran indudablemente más numerosas en caballería, aunque hasta cerca de las diez de la mañana, en que llegó al campo el General Espartero con una reserva de 14 batallones que habían quedado en Covarrubias, y acaso estos batallones eran el exceso de una fuerza respecto de otra. Aunque es cierto que una no despreciable ni pequeña parte del ejército de los de don Carlos no entró ni fue siquiera al campo, ocupada en guardar su persona, o en otras cosas que no son de mi relación.

El combate principió casi con el día, que fue muy sereno, y la acción se empeñó con terrible ardimiento de una y otra parte, como lo manifestó el fuego horrendo y no interrumpido de más de cinco horas, señaladamente en el centro. Se aseguró que el General Lorenzo se vió en mucho apuro, no por su persona, sino porque sobre perder mucha gente iba cediendo el terreno. El ala izquierda de los carlistas era débil,

porque la componía la división perseguida, fatigada y, acaso, con algún desaliento por su retirada desde Alcalá, en cuya larga marcha padeció infinito, por activa persecución de la tropas de Espartero.

El General Moreno mandaba la acción en jefe por don Carlos, y con él subirían los Generales Villarreal, Zareategui, Elio y otros. Don Carlos, que había dormido aquella noche en Carazo, vino por la mañana, ya bien entrado el día, y se apeó, con alguna comitiva, en la cuesta que hay desde Peñacoba a Silos, a la vista de la Villa y a menos de tiro de fusil de ella; pero como oía el fuego con toda claridad, aunque no tan general en toda la línea, no le pareció prudente el partido de bajar de momento a la población, en donde se le disponía de comer, y quiso detenerse hasta ver el éxito de su batalla, que fue la mayor que se dió en aquella guerra. A eso de la una de la tarde, comenzaron a retirarse los carlistas, todos hacia la parte de Silos, porque cargó Espartero con la reserva sobre la división castellana, que era la izquierda de aquéllos, y no creyeron poder resistir a tanta gente como como se presentó de nuevo en el campo. Los muertos, heridos y prisioneros de una y otra parte fueron, según se aseguró, casi iguales, y se puede decir que cada ejército tendría cerca de 700 bajas.

Ya se ha dicho que el hospital de sangre para los soldados de don Carlos, se había establecido (aunque sin asentimiento del jefe Cristino) en el Monasterio de Santo Domingo de Silos, y todos los heridos que los carlistas tuvieron en el combate de Retuerta se trajeron al dicho hospital, en el que se reunieron todos los enfermos atacados de varios males, y como todo estaba tan mal arreglado y tan sin medios ni recursos, pues ni había cama para la tercera parte de los heridos, éstos murieron en bastante número.

Volvienda al estado de la guerra, después de la batalla de Retuerta, se rindieron en Silos casi todas las fuerzas carlistas, que se acamparon por mitades en la cordillera de la cuesta de Peñacoba hasta cerca de Barriosuso, y en la de Contreras hasta Retuerta. A la segunda noche después del ataque, salieron con ánimo de sorprender el campamento de los cristinos, pero se frustró la intentona, o por falta de buenos guías o por lo que es más verosímil, por la mucha vigilancia del campo de Espartero. Lo inesperado fue que al día siguiente, sin sa-

ber un ejército de otro, se tropezaron, como suele decirse, de manos a boca, en las inmediaciones de Barbadillo y Salas. Los cristinos se replegaron hacia el lugarito de Gete, en cuyas inmediaciones hubo un combate de pocas horas, y a la tarde, pero de tanto ruido, que a los que veíamos el fuego nos parecía que no podía hacerse el gasto de tanta pólvora por menos precio que el de dos o trescientos muertos entre las dos partes. El resultado fue que los carlistas tuvieron un herido, que murió a poco después, y los cristinos tendrían otro o ninguno. Después se volvieron a tropezar cerca de Arauzo, y allí los carlistas dejaron prisioneros unos veinte caballos.

Yo no sé los sucesos que mediaron hasta la mitad del mes de Oct., pero los carlistas empezaron a manifestar grande disgusto de estar en este país, especialmente los provincianos y más aún los navarros, que desertaban en considerable número; y yo con otros vimos en esta villa que, formando un escuadrón de caballería de Navarra, abandonaron esta tierra, sin que pudiesen los oficiales contener, ni con ruegos ni con amenazas, un hecho tan escandaloso. Bien que todo esto era consecuencia del orgullo de los navarros, que se figuraban ser los únicos que algo valían (aunque a mi ver la división de Zareategui no hizo más que despropósitos, si se exceptúa la resistencia al General Lorenzo, en Aranda); y no digo yo esto porque aborrezca a aquel General, que me pareció ser un carácter que reunía todo lo que puede desearse en un militar honrado y valiente, sino porque su tropa abusó demasiado de su probidad. ¿Se podía creer que al día siguiente del combate de Retuerta. a las cuatro de la tarde, y a la misma puerta del alojamiento del mismo Zareategui y a presencia de más de doscientos soldados, sin que lo ignorasen algunos de la comitiva del General, pedía a voces un navarro (dijeron que era de Viana) la cabeza del General Moreno, sin que nadie le respondiese, antes con señales manifestadas de aprobación...?

Se dijo que don Carlos, para contentar a los navarros, había hecho General de la división de Zareategui al Infante don Sebastián, y al General Moreno, Jefe del Estado Mayor de la división castellana, quedando al mismo don Carlos con el mando de ello. A Zareategui le nombró no se si Mariscal de Campo o le dió una cruz, y también condecoró a

Elio. Sobre la retirada a las provincias, o sobre el modo de hacerla, también debió haber entre los carlistas poca inteligencia y acuerdo, porque cada uno fue por su lado. Si se atiende a la censura que después de llegar a Provincias se formó a los Jefes Zareategui, Elio y otros, no cabe duda que hubo motivos verdaderos o supuestos de la poca concordia que yo he insinuado. Después que salieron las dos divisiones, no quedó en la Sierra de Burgos más gente carlista que la que había en el hospital de Silos y algunos otros rezagados o cortados en la marcha por las tropas nacionales, entre éstos dos oficiales llamados don N. Vinuesa y don N. Blanco, que perdieron la poca fuerza de caballería con que andaban.

### **Desafueros en el hospital de Silos**

El hospital no fue reconocido por los cristinos hasta que vino a él el Coronel don Gaspar Rodríguez con una columna bastante fuerte, y esto una tarde de últimos de Oct., y a su llegada hizo prisioneros a más de 200 hombres que acababan de salir del hospital, ya curados y creo sin armas, para tomar el camino de las provincias, a los cuales, con otros muchos enfermos y heridos que ya podían ir en bagajes, llevó a Aranda, dejando a todos los empleados del hospital en sus respectivos servicios. Y un encargo al Alcalde para que interviniese en el pedido y data de raciones, ropa, etc. El día de los Santos por la tarde vino con dos mil hombres aproximadamente el Brigadier Azpiroz, pero dejó sólo la fuerza en Santibáñez, en donde yo me hallaba aquel día, y él, con un tiro de caballería, vino a Silos, y sin entrar en el hospital mandó a un oficial que lo reconociese y él se volvió a Santibáñez, en donde pasó la noche en la misma casa que yo, que era la del cura.

A la mañana siguiente subió a Silos Azpiroz con toda su fuerza, y después de haber registrado el hospital llevó consigo a muchos dependientes de él, o por propia disposición suya, y a pie delante de la tropa, fue a don Ruperto Guerrero, que era Administrador del hospital, lo que sintieron mucho los enfermos, porque era de mucha disposición. El Director quedó con todos los sacerdotes para el cuidado de los enfermos. Pocos días después, temiendo el Director que le sucediese lo



que al Administrador, se marchó o fugó del hospital, del que por disposición del Coronel don Gaspar Rodríguez, que, según se dijo, desaprobó el hecho del Brigadier Azpiroz, quedó encargado un sacerdote de los empleados en él, en unión con el Alcalde. Desde que las tropas de don Carlos salieron de la Sierra, quedó el hospital en peor estado, porque todo se hallaba muy desatendido y los pueblos concurrían de mala gana o con poca solícitud con lo que se les pedía. Los enfermos se vieron en la necesidad de quemar muchas puertas y ventanas del edificio y arbolado de la huerta y hasta el tejado del palomar, para hacer lumbre con que calentarse. Las enfermedades tomaban peor carácter y los enfermos que pudieron se salieron a la Villa, en donde se manifestó el typhus, del que murió aquel año mucha gente. En la habitación del Abad y del Boticario (que era al mismo tiempo del Cura) murió un soldado. Este y otro estuvo sacramentado, y pareció que una llaga que él mismo padecía se inficionó con el aire en el año y tuvo gran riesgo de perder una pierna. El hecho fue que el hedor e inmundicia llegó al punto de tener que ir a la iglesia el Cura y el Abad por la calle.

La noche del 7 de diciembre víspera de la Inmaculada Concepción de María, vino una columna al mando de D. Fernando Carrera y conminaron a abrir con hacha la puerta del monasterio-hospital, porque no fueron oídos los golpes del picaporte hasta muy tarde. El Comandante mandó encender hogueras en el circuito, que hay antes de entrar en él, para que la tropa estuviese allí y pudiese sufrir el frío de la noche. Yo ví castigar en los soldados algunos excesillos que habían cometido. A la mañana condugeron a Lerma muchos enfermos y convalecientes y con ellos a todos los eclesiásticos menos al Abad Bonifacio, que aún quedó hasta el día de año nuevo en que fue llevado a Lerma con otros soldados de los enfermos, quedando en el hospital solos unos cuantos oficiales, cuyas heridas no permitían que se pudiesen en camino; pero el día de Reyes, 6 de enero del año siguiente de 1838, quedó desocupado el hospital enteramente y todo el país casi libre de carlistas, porque aunque algunos quedaron por entonces, sólo se hicieron notables por los padecimientos que ocasionaron en los pueblos vecinos, a donde era forzoso recurrir para mantenerse, sobre

lo cual exigía el Gobierno establecido, y especialmente la autoridad militar, responsabilidades que costaban caras a los pueblos.

### La última acción bélica del cura Merino

Así fuimos pasando, hasta que al principiarse la primavera salió una expedición de carlistas desde las provincias para Castilla, al mando del Conde de Negrí, que se dirigió al país de Liébana para entrar después en Asturias, y el cura Merino se estableció en la Sierra de Burgos, en donde, por dejárnoslo, ni hizo ni padeció. Batida la division de Negrí cerca de Potes, por el General Latre, vino de retirada por cerca de Burgos y montes de Oca hasta Ezcaray, desde donde se entró en esta Sierra por el alto de San Lorenzo, o como aquí llaman la Demanda. El General Yriarte, que sucedió a Latre (por haber éste quedado herido en el ataque de Vendejo), desde Ezcaray retrocedió por el Valle de San Millán y fue, nada menos, que a tierra de Madrid, con lo cual Negrí tuvo tiempo de descansar en la Sierra y después emprendió la marcha otra vez hacia Asturias, tocando en Segovia y casi en Valladolid, hasta que alcanzado por Yriarte en Sahelices de Campos sufrió segunda derrota, y su división, cansada y sin aliento, fue casi toda hecha prisionera cerca de Burgos por el General Espartero, sin que fuese necesario disparar un tiro ni desenvainar una espada.

Cuando Negrí hizo esta segunda marcha desde la Sierra, quedó en ella no sólo el cura Merino sino también otro Xefe del Estado de don Carlos: don Juan Manuel Valmaseda, soldado de mucho aliento y de singular resolución para emprender aventuras que parecieran imposibles a no haberlas hecho a nuestra vista. Dijeron que el haberse quedado en esta Sierra fue para cuidar de algunos enfermos y heridos de la división de Negrí, que tenían su enfermería en Palacios o en aquellas inmediaciones.

Por este tiempo el cura Merino había dado en la idea de fortificar un muro conocido con el nombre de Torres de Carazo, célebre en la antigüedad por haberle tomado a los moros el Conde Fernán-González de Castilla. Su figura es de un cono cortado en su cima por dos grandes planos que separa uno de otro en toda latitud, por un vallado no

muy profundo. El plano del primero tiene debajo a Contreras, como hacia el monte; el otro plano tiene debajo de sí a Carazo y a Villanueva y otros dos lugarcitos: La Revilla y Ahedo. El que Merino trató de fortificar fue el de Contreras, para lo cual tuvo allí trabajando mucha gente. Hicieron alguno otro edificio de pobre y débil construcción, y daban a todo el nombre de Castillo de San Carlos. A poco tiempo vino sobre él una columna al mando del Coronel Mayols' y los que el cura había dejado en el Castillo lo abandonaron antes de llegar el enemigo, y no podía ser otra cosa, porque al parecer de los más juiciosos fue el proyecto más descabellado, atendidas todas las circunstancias que rodeaban por entonces a Merino. El resultado fue que tuvo que setirarse nada menos que al reino de Valencia, en donde le dejaremos para continuar los sucesos de aquí.

### **Un jefe audaz, General M. Balmaseda**

Balmaseda, que (con motivo de la persecución que se hizo al cura Merino en su entrada) se vió desahogado de enemigos, reunió en el país algunos soldados; unos, dispersos; otros, cansados, y volvió algún otro desertor. Con ellos hizo sus correrías y aún se entró bien adentro por tierra de Segovia, y haciendo sus marchas con celeridad extraordinaria, y como tenía crédito de valiente y poco contemplativo, los pueblos le prestaban una obediencia igualmente ciega que pronta. Desde que Merino se alejó demasiado hacia Valencia, las fuerzas que le perseguían volvieron sobre Balmaseda, y con dos columnas, una al mando del Brigadier Albuín y otra del Coronel Mayols. Yo no sé desde qué punto de tierra de Segovia venía sobre Balmaseda el Xefe Albuín, pero el hecho es que aquel sitio no lejos del lugar de Ontoria del Pinar, en cuyo pueblo alojaba entonces la columna de Mayols. (Me parece no voy acertado en haber dicho que obraba entonces la fuerza de Albuín, ahora recuerdo que tal vez fue sola la de Mayols). Esto sería como a fines de Mayo. Los cristinos se figuraron que Balmaseda estaba con el pensamiento de apartarse de ellos para su seguridad, pues tenía poca fuerza: acaso menos de 150 hombres, y ellos más de 400; pero no fue así, porque a media noche entraron en la población con tal estruen-

do y resolución, que aterrando a los soldados alojados en las casas, o los mataron o los rindieron, menos unos 60 que se hicieron fuertes en la iglesia; así se salvaron. El Coronel Mayols se rindió también, pero como militar valiente, pues no lo hizo hasta que los machones de madera de la casa en que estaba, a la que Balmaseda hizo poner fuego, hecha brasas, comenzaron a caerle encima.

Los prisioneros de esta función nocturna fueron más de 300 y Balmaseda los llevó a Quintanar de la Sierra, como punto más recogido e intermedio. El General Espartero había enviado desde Logroño, o de allí cerca, una columna de Infantes de la Guardia R. (Real) y 60 caballos polacos, al mando del Brigadier Espeleta, que cuando se creía en Ontoria debía estar en Casarejos (1). Un oficial de dicha columna (don Ruperto, que murió desgraciadamente en la raya de las provincias), me contó que Balmaseda ofició a Espeleta, diciéndole que se le señalase un punto inviolable en donde poner los prisioneros hasta ser canjeados, y que Espeleta le respondió que no estando en sus facultades el tal señalamiento, consultaba al General de Castilla la Vieja, y que hasta venir la respuesta no habría hostilidades. El General Espartero, que debía estar en la Rioja o en la provincia, supo el suceso de Ontoria y envió contra Balmaseda (que estaba muy descuidado con las negociaciones con Espeleta y el Capitán General de Castilla) a don Martín Zurbarano, natural de Varea, en la Rioja, persona de circunstancias para llevar con ellas un libro, pero de mucho valor y no menos sagacidad. Como pagaba bien a sus confidentes, supo de éstos el puesto en donde se hallaba Balmaseda, y andando sin descansar se echó sobre él tan repentinamente que no se supuso su llegada, sino por el fuego que entró haciendo en Quintanar con su columna, que no sería menor de 1.000 infantes y 200 caballos: Balmaseda se retiró, pasando por tierra de Salas, Carazo y Gayubar, hacia Covarrubias, pero sin perder un soldado suyo, ni ningún prisionero. Como venían sobre él no sólo Zurbarano y Espeleta, que tuvo conocimiento inmediatamente, sino el Coronel Rodríguez, Comandante de la Sierra, despidió a los prisioneros, menos a los oficiales, y anduvo hurtando el cuerpo, como suele decirse, y aún

---

(1) Debe ser el pueblo de Soria, par. ido de Burgo de Osma.



pasó hasta Belorado y, contramachacando, volvió por Pancorbo a la Sierra, perseguido de Rodríguez, quando al bajar la cuesta de la Demanda se encontró con la columna de Zurbano, de frente. Allí tuvo que defenderse de las dos fuerzas que le atacaron por frente y retaguardia, y perdió mucha gente que quedó prisionera, huyendo él con pocos hacia la Sierra de Quintanar. Zurbano y Espeleta marcharon a la Rioja, suponiendo que Balmaseda no quedaba en estado de hacer nuevas aventuras; pero él fue reuniendo alguna gente, de la que dispersó, y sin intentar nada, se estaba casi sin moverse atentamente de sus enemigos.

Por entonces, me parece que tomó Albuín interinamente el mando de la Sierra, y sucedió que vino una columna de la parte de Burgos al mando del Coronel Coca, persiguiendo a no sé qué Xefe carlista, que andaba por la tierra de Carrión y Pampliega. Balmaseda también se había movido de Quintanar y el Manco (Albuín) le seguía. Este, acaso, combinado con Coca, o por casualidad, sucedió que Coca, que estaba en Salas, salió para Quintanar, en donde había estado pocos días antes, y mandado fusilar a la madre de un carlista llamado Calonge, natural de dicho pueblo.

Aunque no tengo presente en qué día llegó Coca a Quintanar, sé que fue ya muy entrado el verano. Se alojó toda su tropa, y olvidado de lo que sucedió en Ontoria a Mayols, acaso ni aún se acordaba de que Balmaseda estaba en la Sierra; pero éste no estaba lejos, y meditando un medio de salvarse de las dos columnas que al día siguiente podían deshacer su poca fuerza, halló uno bien cerca del extremo de la temeridad, que fue echarse sobre la fuerza de Coca en aquella misma noche; y esta especie de resolución no quiere consultas ni controversias, tomó su gente y entró en Quintanar, haciendo fuego y poniéndolo a quantas casas defendían los cristinos. El Coronel Coca, que al frente de sus caballos quiso salir del alojamiento, fue allí mismo herido mortalmente, y el resultado fue que, excepto los que murieron y fueron quemados, todos los demás, menos unos cinco, quedaron prisioneros de Balmaseda en aquella noche, y es de advertir que la columna, además de la infantería, tenía muy cerca de 200 caballos. A la mañana siguiente salió Balmaseda, y a la tarde entró el Brigadier Albuín. que

salió luego horrorizado del suceso y de ver tantos soldados y casas reducidas a cenizas; se bajó a dormir a Salas, puso fuego al frente (sino se quemó por desgracia casual) y se replegó muy temprano a Lerma.

Balmaseda, más prudente que antes, se retiró con su gente y con los prisioneros a la provincia, y esta Sierra quedó por entonces libre de carlistas, mas no para mucho tiempo, porque después se disgreió (1) el sitio que el General Oráa puso a Morella, el Brigadier o General Merino volvió desde Valencia a este país. Traía su gente en la mayor miseria y desnudez, pero fue tanta la alarma que causó en la tierra baja, que hasta el General (creo que Barón de Carandolet) dejó Valladolid. El cura Merino se detuvo sin hacer nada en la Sierra y luego fue echado de ella por fuerza, que vino de tierra de Logroño (no me acuerdo del mando de que Xefe) y fue obligado a pasar el Hebro y entrar en la provincia, en donde fue vencida y armada de nuevo su tropa. Antes de acabar el año volvió a esta Sierra Merino, pero se detuvo poco, porque vino contra él el Brigadier Hoyos, que le obligó a tomar el camino del Hebro (2), en donde Espartero había puesto, contando con la retirada de Merino, gente que obligó a pasar a la provincia, no sin trabajo y pérdida de muchos soldados.

Desde entonces la Sierra de Burgos quedó casi sin ningún carlista, si se exceptúan unos pocos que, o por no poder o por no querer ir a la provincia ni entregarse a los cristinos, anduvieron por aquí dando mucho sentimiento a los pueblos, no por su mala conducta, sino porque se les hacía responsables de su manutención y abrigo. Yo no sé cómo este pueblo de Silos y los que vivimos en él nos libramos de sufrir mil incomodidades y penas por un suceso que quiero referir a la larga. Entre los soldados del cura había uno, natural de esta villa, y fue uno de los que no volvieron a la provincia. Era de acaballo y se juntó con otros compañeros, a fin de sostener siquiera la voz de que don Carlos no había tenido la fuerza de las armas...» (3).

Este soldado sufrió en el pueblo muchas contrariedades y hasta la prisión, pero una muchacha de las mejores familias de la villa le libró.

---

(1) Así se lee en el manuscrito, y debió decir disgreó o levantó.

(2) Lo escribe así con H.

(3) No la transcribimos por la minuciosidad que sólo interesaba entonces.

lo mismo que a varios miembros de su parentela, de la la cárcel y peligros de toda clase. Acabó por elegirla esposa y se quedó en el pueblo, formando una familia modelo (fol. 127-128).

### El abrazo de Vergara

Al fin del año de 1838 debió estar la Corte de don Carlos tan llena de enredos, intrigas y disensiones, que sólo así puede explicarse la precipitada ruina de su partido, que había llegado a un punto de altura inconcebible. El hecho de principiar del año de 39, en que el General don Rafael Maroto quitó la vida por su autoridad propia, o por la de su Rey, a unos quantos Generales carlistas en Estella, la condonación y aprobación simultánea que hizo don Carlos deste paso, declarando ser de alta traición a Maroto, y al día siguiente digno de su mayor afecto y confianza y otras cosas prueban que los consejeros de un señor estaban no sólo desacordes sino enemistados. Unióse otros más fieles servidores con Balmaseda que parece tuvo orden de perseguir y prender a Maroto, pero como éste fue no sólo perdonado pocas horas después de su condenación, sino elogiado y más asegurado en su autoridad, trató de unirse a Balmaseda, el cual, con más de cien caballos, huyó de la provincia a Castilla, y luego perseguido por el Coronel Cheli, entró en la Sierra, en donde se detuvo poco tiempo, y después de algunos pequeños encuentros y aventuras en que llevó la mejor parte, se fue a Valencia, en donde sirvió a Calvera, hasta que aquello llevó el mismo camino que las provincias, o lo que es lo mismo, hasta poco antes de la rendición.

En el verano de 1839. creó que en Sept. celebró entre los Generales Espartero el insigne tratado llamado de Vergara, con cuyos antecedentes y consecuencia juzgará la historia, que descubrirá cosas que yo no sé y causas que no están a mi alcance. Un resultado fue dejar las armas casi todos los carlistas que había en las provincias, menos los navarros, que casi todos prefirieron irse con don Carlos a Francia; aunque muchos de éstos se volvieron poco después. Ajustado el reino de Valencia por Espartero, acaso por divertir sus fuerzas, se vino a la Sierra Balmaseda, en donde entró a primeros de junio de 1840, con tan des-

templado humor que dio a las llamas las villas de Roa y Nava de Roa, habiendo algunos suyos tomado antes a Salas la noche del 2 de junio, después de lo qual pasé yo, al amanecer, por Barbadillo, de viaje para Rioja, mi país, a donde iba a restablecer mi salud. Yo no sé qué furia agitaba aquellos hombres contra este país, en donde habían recibido tantos beneficios de sus habitantes, que se puede decir que, en otras ocasiones, pudieran causarles mucho mal descubriendo a sus enemigos los sitios en que vivían y se ocultaban. El carácter de estas gentes es tan tímido, que se puede decir de ellas que no han hecho daño a nadie; pero es cierto que concretamente, miraban con cierta predilección a los carlistas, y no es extraño, porque así todos los que el cura Merino tuvo en la Sierra eran hijos o muy vecinos de ella, y también es cierto que sólo Merino ha debido aprovecharse y corresponder a esta favorable disposición, castigando severamente cualquier denuncia en sus soldados; porque él tuvo esa como especie de prodigio, pero nunca disimulado e impune. Las tropas que vinieron con Zareategui ya estaban demasiado desmoralizadas, a lo menos en Castilla robaron mucho y sin necesidad.

Pero volviendo a Balmaseda, después que quemó a Roa y Nava, entró en la Sierra y dio en el pensamiento (a mi ver extravagante en aquellas circunstancias) de fortificar el alto macizo con el nombre antiguo de «Torre de Carazo». A mí se me figuraba que mil hombres trabajando continuamente por un año entero, no dejarían ni en un estado de poder defenderse por un mes de una división bien pertrechada. Me induce a pensar así la amplitud del sitio, la dificultad que ofrece para trabajar allí a donde es preciso llevar de lejos todos los materiales, y hasta hacer depósitos de agua en peña viva. Como se quiera, Balmaseda hizo trabajos allí con gran multitud de paisanos, hasta que vino una división de la parte de la Rioja, y el General Cocba en persona con una división carlista, al mando de Palacios, los cuales obligaron a dejar aquello, después de haber hecho quemar la mejor iglesia en Salas. La tarde antes de dejar el fuerte vino a esta villa de Silos una partida de carlistas mandada por no sé quien, que debía ser un tigre, pues afusiló al Alcalde sobre la falta de sumisión de su parte, que apareció a pocos instantes después de la bárbara ejecución. La siguiente



mañana pasó la tropa de Balmaseda o gran número por aquí también, y unos soldados asesinaron en la misma portería del convento al Regente de la botica, al mismo tiempo que trabajaba a despachar la medicina que había pedido con un oficial, quien, porque tardaba en bajar (a su parecer) se fue y envió los asesinos. Esta muerte nos fue muy sensible, ya porque era un excelente joven doméstico nuestro y sobrino carnal del cura, y ya porque ni aún le dieron tiempo para confesarse, ni para nada. Su nombre, don Benjamín Izquierdo y Palomero, natural de Carazo.

Si otras muertes que hicieron fueron tan funestas como las de Silos, servirán para aumentar el horror con que fueron mirados semejantes caribes, de lo que serán responsables los jefes, comenzando por Balmaseda, pues obligación de un General es reprimir con severidad los desórdenes de sus soldados, y digo esto, porque me dijeron que Balmaseda no autorizaba estas demasías; pero debía preveerlas o impedir las, puesto que sus soldados le temían no poco.

Casi en seguida de venir Balmaseda a este país, dejándole con precipitación, y juro que se vió obligado a entrar en Francia con alguna gente, que le siguió a aquel Reyno, en donde continúa cuando esto escribo, que es el día 7 de julio del año 1843. Con la retirada de Balmaseda y la de Ramón Cabrera, que sucedió por el mismo tiempo (el año de 1840) esto, y se acabó en España la guerra de sucesión. En este año que es el de 846, don Carlos se halla libre en los Estados de Cerdeña con su mujer, la señora Princesa de Beira, con la qual viuda casó él, también viudo, se halla también en Cerdeña, y en el ejército de aquel Reyno los dos hijos menores de don Carlos: el mayor en que renunció su padre los derechos, se halla en la ciudad de Bourges, en Francia, bajo la vigilancia del Rey de los franceses, Felipe I Orleans.

Terminada, pues, por hoy, la guerra de sucesión, el país de la Sierra de Burgos no ofrece bajo este concepto nada que decir, porque lo concerniente a las variedades políticas que le han sobrevenido, como a las demás provincias y las que le sobrevinieron no es de mi propósito escribirlas. Y aquí acaba el relato de la guerra, pero el P. Echavarría concluye contando los trabajos que realizaron sus hermanos en el ministerio parroquial de los diversos lugares en que les colocó la divina Providencia, y ellos ganaron, opositando a catedrales, colegiatas, capellanías y otros ministerios, pero siempre permaneciendo adictos al monasterio y fieles a su primera vocación de monjes.

AGUSTIN S. RUIZ, O. S. B.